

SEMANA TEOLÓGICA ITER-UCAB 2015

**SALIR PARA ENCONTRARNOS CON JESÚS Y PARA
LLEVARLO COMO EVANGELIO
(EL KAIRÓS DEL PAPA FRANCISCO RESPECTO DE LA VIDA
RELIGIOSA - LO QUE EXPRESA DE SU ESTADO ACTUAL Y LO
QUE LE PROPONE COMO REQUERIMIENTO DEL ESPÍRITU)**

Pedro Trigo SJ.*

ABSTRACT:

Pope Francis speaks to the religious life like a prophet, from interior, assuming the crisis like the opportunity for leaving the auto-reference and dedicate himself to Christ in the contemplation of the Gospel and in the caring of his body which is the poor. For this he asks to go out to the existential peripheries and to live fraternally according to the Gospel and open to the intercongregationality in the charismatic relation with the laity, to the local church and more over to the necessities and desires of the world.

KEY WORDS:

Rhythm, Language with subject, Crisis as an opportunity, Encounter with Christ and following, Go out to the peripheries, Community is mission.

Queremos manifestar de entrada que al realizar este estudio hemos sentido que las palabras del papa Francisco son realmente palabras de Dios. Por eso nos han resonado en lo más profundo.

Ante todo hemos analizado las diversas alocuciones, bien a congregaciones religiosas con motivo de capítulos generales o de algún encuentro, bien a religiosas y religiosos de algún país o continente¹. En segundo

* Pedro Trigo, SJ, desde el año 1973 pertenece al Centro Gumilla. Es profesor de teología en el ITER de Caracas, Facultad de Teología de la UCAB, asociada a la UPS. Tiene numerosas publicaciones y escribe regularmente en varias revistas de pensamiento españolas y latinoamericanas, sobre todo en temas de teología. Además de ser profesor en los niveles de licenciatura y de postgrado en Teología Pastoral, Teología Espiritual y Teología Fundamental, es Director del Departamento de Investigaciones del ITER desde 1996. Acompaña a comunidades cristianas populares. Correo-e: trigodura@gmail.com.

¹ Lo hemos seguido hasta fin del 2014

lugar, nos referimos a la carta programática con motivo del año de la Vida Religiosa. Como era de esperar hay coincidencia de fondo. Queremos agradecer a Dios por habernos dado la oportunidad de escuchar discipularmente estas palabras de vida.

PARTE PRIMERA: LO QUE EL PAPA FRANCISCO HA IDO DICIENDO A LA VIDA RELIGIOSA

El medio es, también, el mensaje: tono y lenguaje del papa Francisco y trascendencia de que hable así

El papa no da tratados sobre Vida Religiosa ni, más en general, doctrina. Menos aún trasmite autoritativamente prescripciones que han de ser observadas bajo pena de pecado. No es ése el tono de lo que habla con las religiosas y religiosos, ni de lo que habla con nadie. Siempre habla de un modo concreto y directo; podemos decir que conversa.

Habla con la autoridad de su misión apostólica y tiene conciencia de ello; pero también es consciente de que la suya es una autoridad que no lo sitúa por encima de nadie, sino que lo pone al servicio de todos de parte del Señor Jesús, que no es Señor porque domina sino porque tiene más capacidad de servir y porque necesitamos absolutamente su servicio. Habla completamente referido a Cristo y, más en concreto, a Jesús de Nazaret, por eso la referencia constante a los evangelios, y habla a hermanos en Cristo, no, de ningún modo, a súbditos ni a masas a las que trata de encantar al modo de un mesías sociológico o político.

Más todavía, en el caso de los discursos y homilias a religiosas y religiosos, habla muy expresamente desde dentro, como un religioso, que, al hablar a otros religiosos, se habla también a sí mismo. Y se habla a sí mismo porque tiene conciencia, como la tuvo Benedicto XVI, de que, antes que obispo de Roma, que es un oficio transitorio, es un seguidor de Jesús, un paciente pastoral necesitado constantemente de la salvación de Dios y de la ayuda de los hermanos. Por eso cuando habla a los religiosos, como cuando habla a cualquier grupo, concluye siempre rogando que pidan a Dios por él. Para poner un solo ejemplo, José María Arnáiz, en su transcripción de la conversa que tuvo el papa con la directiva de la Clar se refiere a la “gran humildad que le llevó a cerrar la conversación con estas palabras: ‘Oren por mí para que me equivoque lo menos posible’”².

Habla apodícticamente, pero no, insistimos, autoritativamente, mandando para que se le obedezca no deliberativamente, sino con una autoridad

² 6 jun 2013

absolutamente dirigida a la edificación (cf, 2Cor 10,8). Aun en el caso de que diga cosas duras, y no pocas veces las dice, las dice siempre con el deseo y la esperanza de provocar un cambio saludable. Sólo quiere ayudar. No, desahogarse ni quedar bien sino hacer bien.

Por eso, porque su finalidad es práctica, porque, dicho técnicamente, su lenguaje es performativo, siempre connota la realidad. No plantea un deber ser, un lenguaje de esencias o de ideales, sino una meta concreta que propone, en este caso y se puede decir que generalmente, como compartida con aquellos con los que dialoga, al menos, en alguna medida, una meta vital en extremo deseable; pero no se detiene en la meta, sino que explicita también el camino concreto hacia ella, teniendo presente también el punto de partida real. Ordinariamente transmite propuestas, la mayoría de las veces que nombran aspectos decisivos de lo que Dios quiere para ese colectivo al que se dirige, en esa situación concreta en la que se encuentra. Las propone en el entendido de que también el grupo las quiere en el fondo y para que las quiera tan absolutamente que esté dispuesto a superar los obstáculos que existen para alcanzarlas.

Un lenguaje con sujeto y, por tanto, expuesto

Ese movimiento de conversión y transformación interior hacia la plenitud propuesta es algo que también ha acontecido y sigue aconteciendo en él. Así lo expone sin empacho y por eso lo propone con más autoridad porque lo propone como algo experimentado por él con alegría. Él es consciente de que ha cambiado y lo percibe con consuelo interior. Y es un cambio que también es percibido por otros. Dice por ejemplo, José María Arnáiz en la introducción a su versión del conversatorio que tuvo el papa con la Clar: “Es verdad que tiene la sonrisa contagiosa que no tenía, la serenidad que no siempre transmitía, una confianza que viene de estar en las manos del Padre y que, solo a veces, se encontraba en él, una nueva ternura de padre y hermano”³.

Pero el cambio es más radical. Él confiesa con toda claridad posible que el cambio es del pecado a una dosis creciente de fidelidad. Y sitúa el pecado, ante todo en un modo no evangélico, no fraterno, de ejercer la autoridad, confesión que supone una gran franqueza y humildad en un hombre público y mucho más en un papa, figura secularmente rodeada de un halo de misticismo al que alude hasta el apelativo con el que protocolarmente se dirigen las personas a él: “santidad”. Así confiesa al director de la Civiltà Cattolica en una larga entrevista que le hizo: “En mi experiencia de superior en la Compañía, si soy

³ 6 jun 2013

sincero, no siempre me he comportado así, haciendo las necesarias consultas. Y eso no ha sido bueno. Mi gobierno como jesuita, al comienzo, adolecía de muchos defectos. Corrían tiempos difíciles para la Compañía: había desaparecido una generación entera de jesuitas. Eso hizo que yo fuera provincial aún muy joven. Tenía 36 años: una locura. Había que afrontar situaciones difíciles, y yo tomaba mis decisiones de manera brusca y personalista. Es verdad, pero debo añadir una cosa: cuando confío algo a una persona, me fío totalmente de esa persona. Debe cometer un error muy grande para que yo la reprenda. Pero, a pesar de esto, al final la gente se cansa del autoritarismo. Mi forma autoritaria y rápida de tomar decisiones me ha llevado a tener problemas serios y a ser acusado de ultraconservador. Tuve un momento de gran crisis interior estando en Córdoba. No habré sido ciertamente como la beata Imelda, pero jamás he sido de derechas. Fue mi forma autoritaria de tomar decisiones la que me creó problemas. / Todo esto que digo es experiencia de la vida y lo expreso por dar a entender los peligros que existen. Con el tiempo he aprendido muchas cosas. El Señor ha permitido esta pedagogía de gobierno, aunque haya sido por medio de mis defectos y mis pecados”. Más aún, le dice que aceptó ser papa confesando su condición de pecador y confiado en la paciencia y la misericordia de Cristo: “Esto es lo que yo soy: un pecador al que el Señor ha dirigido su mirada... Y esto es lo que dije cuando me preguntaron si aceptaba la elección de Pontífice». Y murmura: *‘Peccator sum, sed super misericordia et infinita patientia Domini nostri Jesu Christi confisus et in spiritu penitentiae accepto’*”⁴.

En Cagliari, hablando con jóvenes, vuelve a abundar en esta idea de su condición de pecador y de su historia de pecado en la Vida Religiosa, sostenido por el amor de Jesús. Se refiere al momento en que sintió que Dios lo invitaba personalmente y prosigue: “Después pasaron muchos años con algunos acontecimientos de alegría, pero muchos años de fracasos, de fragilidad, de pecado... sesenta años por el camino del Señor, siguiéndole a Él, junto a Él, siempre con Él. Sólo os digo esto: ¡no me he arrepentido! ¡No me he arrepentido! ¿Por qué? ¿Porque me siento Tarzán y soy fuerte para seguir adelante? No, no me he arrepentido porque siempre, incluso en los momentos más oscuros, en los momentos del pecado, en los momentos de la fragilidad, en los momentos del fracaso, he mirado a Jesús y me fie de Él, y Él no me ha dejado solo”⁵. Más todavía, precisamente a novicios y seminaristas les confiesa que él ha caído en lo que les está pidiendo que nunca caigan: en la murmuración que destruye la comunidad: “Disculpádme, pero es común: celos, envidias,

⁴ Entrevista al director de la Civiltà Cattolica 19/8/2013

⁵ Encuentro con los Jóvenes, 22 de septiembre de 2013

hablar mal del otro. No sólo hablar mal de los superiores, ¡esto es clásico! Pero quiero deciros que es muy común, muy común. También yo caí en esto. Muchas veces lo hice. Y me avergüenzo. Me avergüenzo de esto. No está bien hacerlo: ir a murmurar”⁶.

Hemos transcrito estos extensos pasajes porque no es nada frecuente que un papa se exponga tan radicalmente, en el doble sentido de que saque afuera lo más oscuro que tiene en su conciencia y de que arriesgue tanto su reputación confesando miserias íntimas; porque es absolutamente excepcional que una persona con su investidura hable, como decimos, tan a calzón quitado, en aspectos tan delicados que, en abstracto parecerían restarle autoridad. Esta apertura fraterna expresa que el diálogo no es, digamos, profesional, es decir, que dice lo que se espera que diga un papa desde su figura pública, sino que dialoga desde su persona concreta y desde ella se dirige al núcleo personal de aquellos con los que dialoga.

¿Qué sostiene este tono confesional? ¿Qué posibilita este descentramiento tan radical? Un sustantivo y un verbo pueden resumirlo todo: Jesús de Nazaret y salir.

La relación de Jesús con nosotros y de nosotros con él, centro y motor de todo

Ante todo, Jesús de Nazaret, el de los evangelios, como el Señor al que se ha entregado, aquel a quien se consagran todos los religiosos, y que, antes que eso, ha llamado y sostenido su búsqueda y sostiene su entrega, y el que los envía a sus hermanos, el que provoca una existencia excéntrica, el que les pide salir de sí mismos y de su mundo de vida y sus instituciones.

Esto es lo que, de un modo u otro, repite siempre, no, insistimos, como la doctrina del partido ni el precepto de la institución sino como el evangelio de Dios que Jesús es para el mundo y muy en concreto para las religiosas y religiosos, que, con la alegría de ese tesoro encontrado, hacen profesión de dejarlo todo y de dejarse a sí mismos para seguirlo y proclamarlo con su vida y su palabra.

Esto es lo que vamos a explicar citando los documentos. Los citamos porque los sentimos y asumimos como palabra de Dios para nosotros hoy

Recordemos, para comenzar, la confesión que hacía a los jóvenes de que Jesús era el que sostuvo siempre su vida: “siempre, incluso en los momentos más oscuros, en los momentos del pecado, en los momentos de la fragilidad, en los momentos del fracaso, he mirado a Jesús y me fie de Él, y Él no me ha

⁶ Encuentro con los seminaristas, los novicios y las novicias: 6/7/2013

dejado solo”. No es una afirmación de principio sino la constatación gozosa, humilde y agradecida de la experiencia de toda una vida.

Por eso nos recuerda que el carisma no nos pone de frente al fundador para seguirlo, sino que es un modo de seguir a Jesús desde la gracia que se le concedió a él en su seguimiento. Es decir, que estamos codo a codo con él siguiéndole a Jesús de Nazaret: “Jesús viene a nuestro encuentro en la Iglesia a través del carisma fundacional de un Instituto: ¡es hermoso pensar así nuestra vocación! Nuestro encuentro con Cristo tomó su forma en la Iglesia mediante el carisma de un testigo suyo, de una testigo suya. Esto siempre nos asombra y nos lleva a dar gracias”⁷. Así pues, se trata en todo caso de encontrarnos con Jesús, a través de una o un testigo suyo.

Una constante en la espiritualidad del papa es que en nuestra relación con Jesús él es siempre el primero. Nuestra relación viene después; es siempre respuesta: “Yo busco a Jesús, yo sirvo a Jesús porque Él me ha buscado antes, porque he sido conquistado por Él: y éste es el núcleo de nuestra experiencia. Pero Él es el primero, siempre. En español existe una palabra que es muy gráfica, que lo explica bien: Él nos «primerea». Es el primero siempre. Cuando nosotros llegamos, Él ha llegado y nos espera”.

A eso llega el evangelio del discípulo amado tras larga, laboriosa y fecunda meditación. Por eso, comienza su evangelio con los primeros acercamientos a Jesús, en los que la iniciativa la tiene el Bautista y luego los discípulos a los que él invita a seguir a Jesús, que a su vez invitan a otros, de tal modo que Jesús sólo invita a Felipe. Y, sin embargo, en la cena de despedida les asegura que no son ellos los que lo han elegido sino él el que los ha elegido a ellos y los ha destinado para que vayan y den fruto y su fruto permanezca (Jn 15,16). Más aún, en la oración final al Padre le dice que eran suyos y que él se los confió (Jn 17,6). Como se ve, la primacía de Jesús y en el fondo de su Padre, es la que sostiene las iniciativas y búsquedas personales.

Esa honda convicción de que Jesús y en definitiva Dios tienen la iniciativa la explana largamente, glosando la experiencia de san Agustín, el buscador de Dios, que cuando tras un periplo larguísimo y muy laborioso, por fin creyó haberlo encontrado, recibió la noticia de que era el propio Dios el que había sostenido su búsqueda: “Agustín es un hombre «acreditado», tiene todo, pero en su corazón permanece la inquietud de la búsqueda del sentido profundo de la vida; su corazón no está dormido, diría que no está anestesiado por el éxito, por las cosas, por el poder. Agustín no se encierra en sí mismo, no se acomoda, sigue buscando la verdad, el sentido de la vida, continúa buscando el

⁷ Homilía en la misa en la jornada de la vida consagrada; 2 feb 2014

rostro de Dios. Ciertamente, comete errores, toma también caminos equivocados, peca, es un pecador; pero no pierde la inquietud de la búsqueda espiritual. Y de este modo descubre que Dios le esperaba; más aún, que jamás había dejado de buscarle Él primero”⁸.

Esa inquietud de Agustín es la que pide a los religiosos, que tienen el peligro de aquietarse en una vida “regular”, “establecida”, en la que lo fundamental, la estabilidad vital, ya está conseguido: “Mira en lo íntimo de ti mismo, y pregúntate: ¿tienes un corazón que desea algo grande o un corazón adormecido por las cosas? ¿Tu corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o lo has dejado sofocar por las cosas, que acaban por atrofiarlo? Dios te espera, te busca: ¿qué respondes? ¿Te has dado cuenta de esta situación de tu alma? ¿O duermes? ¿Crees que Dios te espera, o para ti, esta verdad, son solamente «palabras»?” (oc)

Si, como profesamos, en nuestro centro está Jesucristo, estaremos siempre descentrados, habremos superado la autorreferencialidad, expresión que usa a menudo. Esta actitud espiritual es la que nos pide el papa Francisco. Así se lo dice, por ejemplo, a los jesuitas: “Y esto nos lleva a nosotros, jesuitas, y a toda la Compañía a estar ‘descentrados’, a tener delante al ‘Cristo siempre mayor’, el ‘*Deus semper maior*’, el ‘*intimior intimo meo*’, que nos lleva continuamente fuera de nosotros mismos, nos lleva a una cierta *kenosis*, a salir del ‘propio amor, querer e interés’ (ee, 189)”⁹.

Jesús no cabe en el centro de nuestro corazón si nuestro corazón está ya ocupado, bien sea por el pecado, bien por ocupaciones que se sienten de gran importancia y hasta por buenas obras. Si no nos descentramos, y en ese sentido habla de *kenosis*, de negarnos a nosotros mismos, Jesús no puede ocupar el centro de nuestro corazón.

Por eso, como había dicho antes a los agustinos, les dice ahora a los jesuitas: “No está descontada la pregunta para nosotros, para todos nosotros: ¿es Cristo el centro de mi vida? ¿Pongo verdaderamente a Cristo en el centro de mi vida? Porque existe siempre la tentación de pensar que estamos nosotros en el centro” (oc).

Existe el peligro de que este lenguaje de la entrega a Jesús sea profesional: lo que decimos, puede ser que muy sentida y convencidamente, a otros, pero no un lenguaje que nos aplicamos a nosotros mismos como pacientes pastorales. Por eso, para no buscarnos a nosotros mismos ni como individuos ni como obras ni como institución, nos pide que mantengamos viva la conciencia

⁸ Homilía en la misa de apertura del capítulo general de la orden de san Agustín; 28 ag 2013

⁹ Homilía en la fiesta de san Ignacio; 31 jul 2013

de que nunca estamos a la altura de nuestra entrega a Jesús; que nuestra respuesta siempre deja mucho que desear, que, incluso, somos pecadores. Si miramos siempre y ante todo su relación con nosotros, sentiremos, dice, la vergüenza de nuestra deficiente correspondencia y entonces, cuando en vez de gloriarnos nos sonrojamos, podremos ser instrumentos para que Cristo actúe a través de nosotros: “Contemplando al Cristo crucificado, sentimos ese sentimiento tan humano y tan noble que es la vergüenza de no estar a la altura; contemplamos la sabiduría de Cristo y nuestra ignorancia, su omnipotencia y nuestra debilidad, su justicia y nuestra iniquidad, su bondad y nuestra maldad (cf. EE, 59). Pedir la gracia de la vergüenza; vergüenza que me llega del continuo coloquio de misericordia con Él; vergüenza que nos hace sonrojar ante Jesucristo; vergüenza que nos pone en sintonía con el corazón de Cristo que se hizo pecado por mí; vergüenza que pone en armonía nuestro corazón en las lágrimas y nos acompaña en el seguimiento cotidiano de ‘mi Señor’. Y esto nos lleva siempre, individualmente y como Compañía, a la humildad, a vivir esta gran virtud. Humildad que nos hace conscientes cada día de que no somos nosotros quienes construimos el Reino de Dios, sino que es siempre la gracia del Señor que actúa en nosotros; humildad que nos impulsa a ponernos por entero no a nuestro servicio o al de nuestras ideas, sino al servicio de Cristo y de la Iglesia, como vasijas de barro, frágiles, inadecuados, insuficientes, pero en los cuales hay un tesoro inmenso que llevamos y comunicamos (2 Co 4, 7)”¹⁰.

Si estamos realmente en lo de Jesús, en relación íntima con él, sentiremos vivamente que lo de él nos supera. Así lo sintió también María su madre, a la que propone como ejemplo para las religiosas que se encuentran sobrepasadas y perplejas, sin saber qué les depara ese camino que a veces parece cerrarse. Les pide que, siguiendo la actitud de María, mantengan la esperanza que se traduce en escucha, contemplación y paciencia, aun en medio de la oscuridad y fracaso: en el encuentro con Simeón, les dice, “ella se da cuenta de que la misión y la identidad misma de ese Hijo, superan su ser madre. Llegamos luego al episodio de Jesús que se pierde en Jerusalén y le buscan: ‘Hijo, ¿por qué nos has tratado así?’ (Lc 2, 48), y la respuesta de Jesús que se aparta de las preocupaciones maternas y se vuelve a las cosas del Padre celestial”¹¹. Y prosigue: “Sin embargo, ante todas estas dificultades y sorpresas del proyecto de Dios, la esperanza de la Virgen no vacila nunca. Mujer de esperanza. Esto nos dice que la esperanza se alimenta de escucha, contemplación y paciencia, para que maduren los tiempos del Señor” (oc). “A veces pienso: ¿sabemos esperar el mañana de Dios? ¿O queremos el hoy? (...) Me pregunto a mí y a vosotros: en

¹⁰ Id

¹¹ A las monjas benedictinas camaldulenses; 21 nov. 2013

los monasterios, ¿está aún encendida esta lámpara? En los monasterios, ¿se espera el mañana de Dios?” (oc). “Ella, madre de esperanza, nos sostiene en los momentos de oscuridad, de dificultad, de desaliento, de aparente fracaso o de auténticas derrotas humanas” (oc).

Como se ve, Francisco no elude la situación de la Vida Religiosa, sobre todo en Europa, que para no pocas congregaciones se presenta como un callejón sin salida. Les pide la actitud de María al pie de la cruz, sostenida por su Hijo y sosteniéndolo a él y abierta a la misión que él le da, cuando parece que todo está acabado.

Por eso en la misa de acción de gracias por los doscientos años de la restauración de la Compañía de Jesús se centra, sobre todo, no en la restauración sino en el modo como fue vivida la supresión. Lo citamos extensamente porque creemos que va mucho más allá del episodio histórico que reseña y que, por eso, nos remite a la actitud más radical de centramiento en Cristo y vivir realmente de él, cuando se acaba la esperanza humana, participando vivencialmente de su pasión para la vida del mundo: “En tiempos de tribulación y desconcierto se levanta siempre una polvareda de dudas y sufrimientos, y no es fácil ir adelante, proseguir el camino. Sobre todo en los tiempos difíciles y de crisis se dan tantas tentaciones: detenerse para discutir sobre ideas, dejarse llevar por la desolación, concentrarse en el hecho de ser perseguidos, y no ver otra cosa”¹². “Ante la pérdida de todo, incluso de su identidad pública, no se resistieron a la voluntad de Dios, no se resistieron al conflicto, tratando de salvarse a sí mismos. La Compañía —y esto es hermoso— vivió el conflicto hasta sus últimas consecuencias, sin reducirlo: vivió la humillación con Cristo humillado, obedeció. Jamás uno se salva del conflicto con la astucia y las estratagemas para resistir. En la confusión y ante la humillación, la Compañía prefirió vivir el discernimiento de la voluntad de Dios, sin buscar un modo de salir del conflicto en una condición aparentemente tranquila. O, al menos, elegante: no lo hizo. / Jamás la aparente tranquilidad colma nuestro corazón, sino la verdadera paz que es don de Dios. No se debe buscar nunca la ‘componenda’ fácil ni poner en práctica fáciles ‘irenismos’. Solo el discernimiento nos salva del verdadero desarraigo, de la verdadera ‘supresión’ del corazón, que es el egoísmo, la mundanidad, la pérdida de nuestro horizonte, de nuestra esperanza, que es Jesús, que es solo Jesús” (oc).

El religioso y, más en general, el cristiano, lo son de veras cuando, al desaparecer toda esperanza, al quedarse sin nada, no caen en la desolación porque tienen todo, ya que Jesús ha llegado a ser el todo de su vida.

¹² En el bicentenario de la restauración de la Compañía de Jesús. El Gesù 27 set 2014

Por eso el papa se duele íntimamente cuando grupos de religiosos, en vez de vivir con Cristo lo que visto humanamente parece ocaso e incluso fracaso institucional, en vez de vivirlo en paz con Cristo crucificado, ofreciéndose con él, viven aferradas a sus edificios y en el fondo al dinero y así, en vez de morir fecundamente, se vacían internamente: “Hay algo que me preocupa, aunque no sé cómo leerlo. Hay congregaciones religiosas, grupos muy, muy pequeños, unas pocas personas, gente muy mayor... No tienen vocaciones, qué sé yo, el Espíritu Santo no quiere que sigan, quizá han cumplido ya su misión en la Iglesia, no sé... Pero ahí están, aferradas a sus edificios, aferradas al dinero... Yo no sé por qué pasa esto, no sé cómo leerlo. Pero les pido que se preocupen de esos grupos... El manejo del dinero... es algo que necesita ser reflexionado”¹³.

Es cierto que, en muchas partes del mundo, antes ambientalmente cristianas y ahora radicalmente secularizadas, o en tierras de misión, donde el ambiente es el islam o el hinduismo, frecuentemente fundamentalistas y militantes, los religiosos tienen la impresión de vivir en la insignificancia continua. Si realmente nuestra vida es Jesús de Nazaret, viviremos con la paz dinámica que da vivir con ese tesoro y de ese tesoro. Podremos vivir con la impresión de una humillación constante; pero no lo haremos solos sino compartiendo la humillación de Jesucristo.

Creo que en esta coyuntura histórica nos hace bien que se nos ponga ante situaciones límites en las que reluce nuestra verdad. Y es cierto que, si nuestra verdad no es Jesús de Nazaret, no viviremos genuinamente, incluso no podremos aguantar lo que nos toca vivir y viviremos amargados o buscando subterfugios que a la larga no podrán tapan el agujero existencial.

Ahora bien, este estar con Jesús hasta dejarnos configurar por él, a la larga dará como resultado vivir con calidad humana. De este modo, nuestra vida, en cualquier circunstancia, aun en la más adversa, será fecunda. Esa humanidad marcará nuestro tono vital, que será así la alegría y será también nuestro don a los demás. Así lo dice a unas religiosas de clausura: “Las religiosas de clausura están llamadas a tener una gran humanidad, una humanidad como la de la Madre Iglesia; humanas, comprender todas las cosas de la vida, ser personas que saben comprender los problemas humanos, saben perdonar, saben pedir al Señor por las personas. Vuestra humanidad. Y vuestra humanidad viene por este camino, la Encarnación del Verbo, el camino de Jesucristo. ¿Cuál es el signo de una religiosa tan humana? La alegría, la alegría, cuando hay alegría”¹⁴.

¹³ Conversatorio con la presidencia de la Clar; 6 jun 2013

¹⁴ A las monjas de clausura. Basílica de Santa Clara, Asís, 4 de octubre de 2013

Así pues, estar centrados en Jesús de Nazaret, bebiendo la vida de él, contemplado en los evangelios, trae sentido de realidad, y, por eso, capacidad de acoger los problemas de los demás y decirles una palabra verdadera, incluso cuando se vive en clausura: “Esta es vuestra contemplación: la realidad. La realidad de Jesucristo. No ideas abstractas, no ideas abstractas, porque secan la cabeza. La contemplación de las llagas de Jesucristo. Las llevó al cielo, y las tiene. Es el camino de la humanidad de Jesucristo: siempre con Jesús, Dios-hombre. Y por ello es tan hermoso cuando la gente va al locutorio de los monasterios y pide oraciones y cuenta sus problemas. Tal vez la hermana no dice nada de extraordinario, pero es una palabra que le brota precisamente de la contemplación de Jesucristo, porque la hermana, como la Iglesia, está en el camino de ser experta en humanidad. Este es vuestro camino: no demasiado espiritual” (oc)

Estar centrado en Cristo libra, tanto de la mundanidad espiritual, a la que tanto se refiere el papa Francisco, como de espiritualismos desencarnados, como por ejemplo el gnosticismo, presente en tantas corrientes postmodernas: “Supe de una superiora general que alentaba a las hermanas de su congregación a no rezar en la mañana, sino a darse un baño espiritual en el cosmos, cosas así... ¡Me preocupan porque se saltan la encarnación! Y el Hijo de Dios se hizo carne nuestra, el Verbo se hizo carne, ¡y en América Latina tenemos carne para tirar al techo! Qué pasa con los pobres, los dolores, ésa es nuestra carne.../ El evangelio no es la regla antigua, ni tampoco este panteísmo. Si mirás a las periferias; los indigentes... ¡los drogados! La trata de personas... Ese es el evangelio. Los pobres son el evangelio...”¹⁵.

Salir para encontrarnos con Jesús y para llevarlo como buena nueva

Así pues, si nuestra espiritualidad está centrada en Cristo, será una espiritualidad encarnada. No podremos vivir abstraídos de los problemas de la gente. Más aún, Jesús, su evangelio, será precisamente esa carne necesitada: la carne necesitada de los pobres. Por eso, vivir centrados en Jesús de Nazaret exige salir de la autorreferencialidad, de nuestro mundo de vida, de la comunidad, de la institución, de la feligresía acostumbrada.

Salir implica el riesgo de equivocarse y hay que correr ese riesgo porque no nos podemos inhibir en la búsqueda del bien. Lo que no se puede es no salir. Así nos insiste a los religiosos latinoamericanos: “se debe preferir una Iglesia y una Vida Religiosa accidentada por salir y dar batallas que pueden enfermar, a encerrarnos en nosotros mismos”. / “Abran puertas... ¡Abran puertas! / Se van a

¹⁵ Audiencia a la CLAR 6 jun 2013

equivocar, van a meter la pata, ¡eso pasa! Quizá hasta les va a llegar una carta de la Congregación para la Doctrina (de la Fe) diciendo que dijeron tal o cual cosa... Pero no se preocupen. Expliquen lo que tengan que explicar, pero sigan adelante... Abran puertas, hagan algo ahí donde la vida clama. Prefiero una Iglesia que se equivoca por hacer algo que una que se enferma por quedarse encerrada..."¹⁶.

“Hagan algo donde la vida clama”. Ésa es la expresión infaltable de estar centrado en Jesús, porque en eso consiste seguirlo. Y, si no lo hacemos, lo perdemos.

Ahora bien, donde la vida clama son las periferias de la historia. Por eso la profecía de la Vida Religiosa consiste en descentrarse para vivir en las periferias de la historia: “Requiere compartir con el pueblo santo de Dios que vive en las periferias de la historia. Descentrarse. Todo carisma, para vivir y ser fecundo, está llamado a descentrarse, para que en el centro esté sólo Jesucristo. El carisma no se debe conservar como una botella de agua destilada, se debe hacer fructificar con valentía, confrontándolo con la realidad presente, con las culturas, con la historia, como nos enseñan los grandes misioneros de nuestros institutos”¹⁷.

Confrontar el carisma con la realidad presente exige una creatividad fiel y rechaza el literalismo: decir y hacer lo que dijeron e hicieron el fundador o la fundadora. Atenerse a la letra es desechar el espíritu, negar la vida carismática. Sin arriesgarse a inventar lo equivalente a lo que ellos hicieron y en el fondo a lo que hizo Jesús, no hay Vida Religiosa fiel.

Pero es imposible atisbar lo que hoy, un tiempo completamente distinto del de los fundadores, nos pide el Espíritu, si estamos tan sobrepasados por las tareas cotidianas que no tenemos tiempo ni perspectiva ni energías ni deseo para mirar más allá de las ocupaciones, para mirar de frente y desde dentro los auténticos desafíos de la hora, para vivir realmente en la actualidad y no meramente en la lógica institucional. En el corporativismo. Por eso, la insistencia del papa en que abramos las puertas, en que salgamos de lo trillado y, más en general, de lo nuestro.

Ahora bien, si salimos realmente para hacernos cargo de lo que hoy nos pide el seguimiento de Jesús, no podremos seguir repitiendo la doctrina consabida. Tendremos que superar, tanto el anacronismo insignificante, aunque pueda parecer ortodoxo, como la mera adaptación intrascendente a lo que está de moda. Tenemos que inventar la equivalencia de lo que Jesús dijo e hizo. Y

¹⁶ Audiencia a la CLAR 6 jun 2013

¹⁷ A la conferencia italiana de superiores mayores. 7 nov 2014

por eso reconoce el papa que podemos tener problemas, o mejor, que la Doctrina de la Fe puede tener problemas con nosotros. Porque ellos tienen la tendencia a entender la doctrina como un recodificar incesante lo ya codificado¹⁸, con lo que el hablar se vuelve redundante y nada significativo, mientras que a nosotros la fidelidad creativa nos pide codificar lo no codificado, lo que exige incesantes tanteos, que buscan decir realmente el evangelio en situaciones inéditas.

Así pues, el salir no se refiere sólo a periferias físicas, acepción que es imprescindible y que constituye un aspecto ineludible de nuestra fidelidad, sino, lo que a veces resulta más difícil y conflictivo, salir de un lenguaje y un mundo conceptual e incluso de un imaginario que son pasadistas y que no dicen nada a nadie y por tanto no pueden ser vehículo del evangelio. El salir, pues, al que se refiere el papa es integral. Pero, no lo olvidemos, no es un salir meramente adaptativo: la mundanidad espiritual, contra la que tanto nos previene; es salir para llevar a Jesucristo y para encontrarlo en los seres humanos, sobre todo, en los pobres.

Eso mismo dice a las Hijas de María Auxiliadora: “Ante todo, el compromiso de dejaros guiar por la perspectiva de ‘salir’, de ponerse en camino hacia las numerosas fronteras geográficas y existenciales, con una atención preferencial a los pobres y a las diversas formas de exclusión. ¡Hay tantas!”¹⁹.

Y a los jesuitas: “Por tanto, hoy debemos sentirnos así: en salida, en misión. La identidad del jesuita es la de un hombre que adora a Dios sólo y ama y sirve a sus hermanos, mostrando con el ejemplo no sólo en qué cree, sino también en qué espera y quién es Aquel en el que ha puesto su confianza (cf. 2 Tm 1, 12). El jesuita quiere ser un compañero de Jesús, uno que tiene los mismos sentimientos de Jesús”²⁰.

Así pues, la salida es para predicar, ante todo con la propia vida, la vida del que tiene los mismos sentimientos de Jesús y lo trasunta en su propia

¹⁸ Cuando Bertone, posteriormente Secretario de Estado, estaba de secretario de la Congregación de la Doctrina de la Fe fue invitado a Venezuela por el que había sido hasta entonces encargado del Vaticano, el cardenal Castillo Lara. El rector del ITER lo invitó a conocer el instituto y mientras estaba dando clase me llamó y me presentó al obispo secretario. Él se alegró porque me dijo que era distinto trabajar con expedientes que ver las caras. Yo le dije que me atrevía a pedirle una cosa. Esta era que cayeran en cuenta que era distinto recodificar lo codificado y codificar lo no codificado. En Europa la mayoría de la teología trataba de recodificar lo codificado y en esa tarea ellos podían pedirle mucha precisión, pero nosotros en América Latina estábamos tratando de codificar lo no codificado y eso sólo podía llevarse a cabo por ensayo y error, para lo que se requería un grado de libertad muy grande. La Congregación de la Fe tenía que caer en la cuenta que la teología no avanza cuando se limita a recodificar lo codificado; sólo avanza cuando codifica con pertinencia lo no codificado. Él se quedó un rato pensando y luego me dijo: ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!

¹⁹ Al capítulo general de las Hijas de María Auxiliadora; 8 nov 2014

²⁰ En el bicentenario de la restauración de la Compañía de Jesús. El Gesú 27 set 2014

persona. Por eso, después de haber insistido en que el religioso es un profeta, aclara dónde está, sobre todo, esa profecía: “La profecía auténtica no es ideológica, no va ‘a la moda’, sino que es siempre un signo de contradicción según el Evangelio, así como era Jesús”.

Ahora bien, es signo de contradicción para quien está configurado por la situación de pecado y no quiere convertirse; pero para las víctimas y los solidarios y, más en general, para la gente de buena voluntad, es un signo que, aun en medio de lo que tiene de provocador, atrae “Ante todo, la Vida Religiosa ayuda principalmente a la Iglesia a realizar esa ‘atracción’ que la hace crecer, porque ante el testimonio de un hermano o de una hermana que vive de verdad la Vida Religiosa, la gente se pregunta: ‘¿qué hay aquí?’, ‘¿qué es lo que impulsa a esta persona a ir más allá del horizonte mundano?’. Diría que esta es la primera cuestión: ayudar a la Iglesia a crecer por la vía de la atracción. Sin preocuparse por juntar prosélitos: ¡atracción!”²¹.

Ahora bien, insistimos, atracción, no hacia lo mejor de lo establecido sino más allá del horizonte mundanizado. Por eso, si salimos para el bien de los demás, nuestra vida se centra en lo esencial y puede ser realmente pobre y testimoniar a Jesucristo en cercanía a los pobres: “Cuando se piensa en trabajar por el bien de las almas, se supera la tentación de la mundanidad espiritual, no se buscan otras cosas, sino sólo a Dios y su reino. Templanza, además, es sentido de la medida, contentarse, ser sencillos (...) una vida esencial y austera, cercanía a los pobres, transparencia y responsabilidad en la gestión de los bienes”²².

Una periferia especialmente retante es el mundo de la exclusión juvenil. Es retante, primeramente, porque son Dios y Jesús quienes nos ponen delante ese reto, pero además por lo nuevo, complejo y frecuentemente desquiciado que es ese mundo. Por eso, para salir a él y hacer fruto no basta la buena voluntad; es precisa una consistencia humana y espiritual muy honda y mucha perspicacia. Por ser reclamo de Dios y por su dificultad intrínseca es un apostolado que pide los mejores: “Trabajando con los jóvenes, vosotros encontráis el mundo de la exclusión juvenil. Y esto es tremendo. Hoy es tremendo pensar que hay más de 75 millones de jóvenes sin trabajo, aquí, en Occidente. Pensemos en la vasta realidad de la desocupación, con tantas consecuencias negativas. Pensemos en las dependencias, que lamentablemente son múltiples, pero que derivan de la raíz común de una falta de amor auténtico. Ir al encuentro de los jóvenes marginados requiere valor, madurez y mucha oración. Y a este trabajo se deben enviar a los mejores, ¡los mejores! Puede

²¹ A la conferencia italiana de superiores mayores. 7 nov 2014

²² A los participantes en el Capítulo General de los Salesianos; 21 marzo 1014

existir el riesgo de dejarse llevar por el entusiasmo, enviando a tales fronteras a personas de buena voluntad, pero no aptas. Por ello es necesario un atento discernimiento y un constante acompañamiento. El criterio es este: Allí van los mejores. ‘Necesito a este para hacerlo superior de aquí, o para estudiar teología...’. Pero si tienes esta misión, mándalo allí, ¡a los mejores!’ (oc). Como se ve, discernimiento exige ir más allá de los intereses institucionales. Para el papa ése es el modo de recarismatizar la Vida Religiosa, un modo, como se ve, nada convencional, pero lógico, porque se trata de ejercer eximamente el carisma.

Ése es un caso bien concreto de lo que él entiende por atracción, que nada tiene que ver con la atracción entusiasmadora, ilusionadora, del carisma en sentido sociológico. Ambas son malas palabras para el cristiano porque el entusiasta, por ejemplo, gran parte de la comunidad de Corinto a la que se refiere Pablo, en sus dos cartas, confunde su hervor interior con el movimiento de Dios en él, y el que se ilusiona, pierde el contacto con la realidad: es un iluso, que es lo opuesto al esperanzado.

No se trata, pues, de truquitos demagógicos para atraer masificadamente a los jóvenes sino, como con los demás colectivos, de la propuesta de Jesús, que entraña un camino de maduración humana para entregar la vida para realizar en el mundo la justicia y la solidaridad: “La evangelización de los jóvenes es la misión que el Espíritu Santo os ha confiado en la Iglesia. Esa misión está estrechamente unida a su *educación*: el camino de fe se injerta en el camino de crecimiento y el Evangelio enriquece también la maduración humana. Es necesario preparar a los jóvenes para trabajar en la sociedad según el espíritu del Evangelio, como agentes de justicia y de paz, y a vivir como protagonistas en la Iglesia” (oc).

Como se ve por todo lo dicho, salir, en el sentido integral que le da el papa, no es una moda y, menos aún, buscar afuera lo que no se encuentra en casa sino un imperativo de nuestra vocación: “La vuestra es una vocación, por su naturaleza, *en salida*, no sólo porque os lleva hacia el otro, sino también y sobre todo porque os exige vivir allí donde vive todo hombre”²³. Por eso, permanecer en el mundo, no es sólo una realidad física sino teologal porque es tocar la carne del otro como verdadero hermano: “vuestro permanecer en el mundo no es sencillamente una condición sociológica, sino una realidad teologal que os llama a *estar* consciente, atento, que sabe distinguir, ver y tocar la carne del hermano” (oc). Por eso, hay que superar la tentación de vivir de un modo individualista y vivir siempre en misión: “No perdáis jamás el impulso de

²³ A los participantes en un encuentro organizado por la conferencia italiana de los institutos seculares; 10 mayo 2014

caminar por los senderos del mundo, la conciencia de que caminar, ir incluso con paso incierto o renqueando, es siempre mejor que estar parados, cerrados en los propios interrogantes o en las propias seguridades. La pasión misionera, la alegría del encuentro con Cristo que os impulsa a compartir con los demás la belleza de la fe, aleja del riesgo de quedar bloqueados en el individualismo” (oc).

De este modo, si se convive en profundidad con los contemporáneos desde esa identidad misionera, se capacitan para discernir los signos de los tiempos y orientar a la Iglesia en su camino: “Vosotros sois como *antenas* dispuestas a acoger los brotes de novedad suscitados por el Espíritu Santo, y podéis ayudar a la comunidad eclesial a asumir esta mirada de bien y encontrar sendas nuevas y valientes para llegar a todos” (oc).

La unión del centramiento en Dios y Jesús, que no es un centramiento estático, porque nunca se tiene asido a Dios ni a Jesús, sino que se los busca siempre más porque se los ha encontrado, y la salida a la misión arriesgada es ejemplificado por el papa en la vida de pastor de san Agustín: “La inquietud de la búsqueda de la verdad, de la búsqueda de Dios, se convierte en la inquietud de conocerle cada vez más y de salir de sí mismo para darlo a conocer a los demás. Es justamente la inquietud del amor. Desearía una vida tranquila de estudio y de oración, pero Dios le llama a ser Pastor en Hipona, en un momento difícil, con una comunidad dividida y la guerra a las puertas. Y Agustín se deja inquietar por Dios, no se cansa de anunciarlo, de evangelizar con valentía, sin temor, busca ser la imagen de Jesús Buen Pastor que conoce a sus ovejas (cf. *Jn* 10, 14), más aún, como me gusta repetir, que «percibe el olor de su rebaño», y sale a buscar las perdidas”²⁴.

Así pues, la salida tiene que ser a la vez en búsqueda de Dios y del rebaño. El papa insiste en que no se dará lo segundo, si no se da lo primero. Sin la búsqueda apasionada y creciente de Dios y de Jesús, se caerá en la mundanidad espiritual: viviremos llenos de cosas y en el apostolado nos buscaremos a nosotros mismos: “El tesoro de Agustín es precisamente esta actitud: salir siempre hacia Dios, salir siempre hacia el rebaño... Es un hombre en tensión, entre estas dos salidas; no ‘privatizar’ el amor... ¡siempre en camino! Siempre en camino. ¡Siempre inquieto! Y ésta es la paz de la inquietud. Podemos preguntarnos: ¿estoy inquieto por Dios, por anunciarlo, para darlo a conocer? ¿O me dejo fascinar por esa mundanidad espiritual que empuja a hacer todo por amor a uno mismo? Nosotros, consagrados, pensamos en los intereses personales, en el funcionalismo de las obras, en el carrerismo. ¡Bah! Tantas

²⁴ Homilía en la misa de apertura del capítulo general de la orden de san Agustín; 28 ag 2013

cosas podemos pensar... Por así decirlo ¿me he ‘acomodado’ en mi vida cristiana, en mi vida sacerdotal, en mi Vida Religiosa, también en mi vida de comunidad, o conservo la fuerza de la inquietud por Dios, por su Palabra, que me lleva a ‘salir fuera’, hacia los demás?” (oc).

El papa insiste que, en esta salida incesante, lo que debe dar la pauta, lo que tiene que dinamizarnos y hacer que salgan nuestras mejores energías, es el amor concreto a los demás, la búsqueda apasionada de su bien, una búsqueda en la que se pone toda la vida. Eso es, repite el papa, lo único que puede salvarnos de la instalación en una vida profesional y de comunidad confortables y en el fondo vacías, arrellenadas en la mundanidad espiritual, una vida de solterones y no de personas fecundas: “La inquietud del amor: buscar siempre, sin descanso, el bien del otro, de la persona amada, con esa intensidad que lleva incluso a las lágrimas. Me vienen a la mente: Jesús que llora ante el sepulcro del amigo Lázaro; Pedro que, tras haber negado a Jesús, encuentra la mirada rica de misericordia y de amor y llora amargamente; el padre que espera en la terraza el regreso del hijo y cuando aún está lejos corre a su encuentro; me viene a la mente la Virgen María que con amor sigue a su Hijo Jesús hasta la Cruz. ¿Cómo estamos con la inquietud del amor? ¿Creemos en el amor a Dios y a los demás? ¿O somos nominalistas en esto? No de modo abstracto, no sólo las palabras, sino el hermano concreto que encontramos, ¡el hermano que tenemos al lado! ¿Nos dejamos inquietar por sus necesidades o nos quedamos encerrados en nosotros mismos, en nuestras comunidades, que muchas veces es para nosotros ‘comunidad-comodidad’? A veces se puede vivir en una vecindad sin conocer a quien tenemos al lado; o bien se puede estar en comunidad sin conocer verdaderamente al propio hermano: con dolor pienso en los consagrados que no son fecundos, que son ‘solterones’. La inquietud del amor impulsa siempre a salir al encuentro del otro, sin esperar que sea el otro quien manifieste su necesidad. La inquietud del amor nos regala el don de la fecundidad pastoral, y nosotros debemos preguntarnos, cada uno de nosotros: ¿cómo va mi fecundidad espiritual, mi fecundidad pastoral?” (oc)

La comunidad, caldo de cultivo de la misión: la fraternidad vivida en ella es el contenido de la misión

Este texto extenso nos sirve de enlace para abordar el tema de una realidad característica de la Vida Religiosa, que es la comunidad, de la que trata frecuentemente el papa. Ella es, o bien una trampa para instalarse y descansar en la seguridad que brinda o una palanca poderosísima para lanzarnos a la vida en Cristo, que incluye la participación de su misión. En la vida regular, es decir, pautada por la regla, cabía más la instalación sacralizada, pero la fraternidad

evangélica directa y abierta que propuso el concilio, como es rigurosamente trascendente, sólo se puede dar desde una verdadera consagración al Señor. Si ésta no tiene suficiente peso, sólo quedará una convivencia educada o la fraternidad de carne y sangre que deriva de una existencia corporativizada.

El papa insiste en que un aspecto especialmente significativo en el que debe brillar el testimonio de la Vida Religiosa es la vida de comunidad. Se refiere en concreto al testimonio de la vida comunitaria fraterna, especialmente significativo en este mundo individualista y que tanto resiste al reconocimiento del diferente: “La vida fraterna es un signo claro que la Vida Religiosa está llamada a dar hoy. Por favor, que no tenga lugar entre vosotros el terrorismo de las habladurías. Sacadlo fuera. Que haya fraternidad. Y si tú tienes algo contra el hermano, se lo dices de frente... Algunas veces acabarás a los golpes, no es un problema: es mejor esto que el terrorismo de las habladurías. Hoy la cultura dominante es individualista, centrada en los derechos subjetivos. Es una cultura que corroe la sociedad a partir de su célula primaria que es la familia. La vida consagrada puede ayudar a la Iglesia y a toda la sociedad dando testimonio de fraternidad, que es posible vivir juntos como hermanos en la diversidad: ¡esto es importante! Porque en la comunidad uno no elige con anticipación, allí se encuentran personas distintas por carácter, edad, formación, sensibilidad... sin embargo, se trata de vivir como hermanos. No siempre se logra, vosotros lo sabéis bien. Muchas veces nos equivocamos, porque todos somos pecadores, pero se reconoce el hecho de haberse equivocado, se pide perdón y se ofrece el perdón. Y esto hace bien a la Iglesia: hace circular en el cuerpo de la Iglesia la savia de la fraternidad. Y hace bien también a toda la sociedad”²⁵.

Como se ve, el papa no se refiere a la vida comunitaria como vida regular, una vida en la que todo está establecido por la regla o la costumbre, sino a una fraternidad evangélica, directa y abierta, que, insistamos de nuevo, es rigurosamente trascendente, y por eso viva, fluida y necesitada siempre de ser rehecha porque no reposa en reglas y costumbres ni en afinidades culturales o temperamentales, sino en la fraternidad viva en Cristo.

La vida de comunidad es una vida trascendente que tiene que ser cuidada. Si se la vive con esta humildad y con esta decisión de que prevalezca siempre, a pesar de todo, la fraternidad, es un verdadero símbolo de la familia de las hijas e hijos de Dios que en Cristo está llamada a ser la humanidad. A esto, nada menos, llama el papa: “Perdonad, soportaos, porque la vida de comunidad no es fácil. El diablo se vale de todo para dividir (...) Cuidar la amistad entre vosotras, la vida de familia, el amor entre vosotras. Que el monasterio no sea un

²⁵ A la conferencia italiana de superiores mayores. 7 nov 2014

Purgatorio, que sea una familia. Los problemas están, estarán, pero, como se hace en una familia, con amor, buscar la solución con amor; no destruir esto para resolver aquello; no competir. Cuidar la vida de comunidad, porque cuando la vida de comunidad es así, de familia, es precisamente el Espíritu Santo quien está en medio de la comunidad”²⁶.

Cuando la vida comunitaria es un ejercicio continuo de fraternidad verdadera, un ejercicio trascendente, porque se da desde el punto de partida de que cada uno viene de una familia diferente y es distinto del otro, es el testimonio de la verdad del apostolado, de que lo que se dice y lo que se intenta construir, la comunidad cristiana, es verdadero porque es lo que trata de vivir el religioso en su propia comunidad: “La comunidad sostiene todo el apostolado. A veces las comunidades religiosas atraviesan *tensiones*, con el riesgo del individualismo y de la dispersión, en cambio se necesita una comunicación profunda y de relaciones auténticas. La fuerza humanizadora del Evangelio es testimoniada por la *fraternidad vivida* en comunidad, hecha de acogida, respeto, ayuda mutua, comprensión, cortesía, perdón y alegría”²⁷.

Para que el ejercicio de la misericordia no sea mero profesionalismo, altruismo, muestra de superioridad, tiene que ser ejercido antes en la propia comunidad, en la que el roce es continuo y la misericordia es entre iguales: “siempre están llamados a ser ‘expertos’ en la misericordia divina, precisamente a través de la vida comunitaria. Sé por experiencia que la vida en comunidad no siempre es fácil, pero es un campo de entrenamiento providencial para el corazón. Es poco realista no esperar conflictos; surgirán malentendidos y habrá que afrontarlos. Pero, a pesar de estas dificultades, es en la vida comunitaria donde estamos llamados a crecer en la misericordia, la paciencia y la caridad perfecta”²⁸.

En diferentes ocasiones se refiere el papa a la pobreza en la Vida Religiosa. Vamos a transcribir un texto en el que está tratada de un modo integral: ante todo como una actitud ante Dios y ante nosotros mismos y los demás: la conciencia de nuestra insuficiencia radical, teniendo en cuenta que Jesús nos enriqueció con su pobreza; pero también, la pobreza en el sentido económico, que para él es indispensable porque lo contrario escandaliza al pueblo de Dios y vacía de trascendencia a una vida que proclama estar consagrada a Dios. También insiste en que hay que superar el funcionalismo: tener todo lo que se necesite para el apostolado desde la perspectiva del orden establecido, en nuestro caso globalizado: “Mediante el consejo evangélico de la

²⁶ A las monjas de clausura. Basílica de Santa Clara, Asís, 4 de octubre de 2013

²⁷ A los participantes en el capítulo general de los salesianos; 21 marzo 1014

²⁸ A las religiosas y religiosos de Corea; 16 ag 2014

pobreza, ustedes podrán reconocer la misericordia de Dios, no sólo como una fuente de fortaleza, sino también como un tesoro. Parece una contradicción, pero ser pobres significa encontrar un tesoro. Incluso cuando estamos cansados, podemos ofrecer nuestros corazones agobiados por el pecado y la debilidad; en los momentos en que nos sentimos más indefensos, podemos encontrarnos con Cristo, que se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza (cf. 2 Co 8,9). Esta necesidad fundamental de ser perdonados y sanados es en sí misma una forma de pobreza que nunca debemos olvidar, no obstante, los progresos que hagamos en la virtud. También debería manifestarse concretamente en el estilo de vida, personal y comunitario. Pienso, en particular, en la necesidad de evitar todo aquello que pueda distraerles y causar desconcierto y escándalo a los demás. En la vida consagrada, la pobreza es a la vez un ‘muro’ y una ‘madre’. Un ‘muro’ porque protege la vida consagrada, y una ‘madre’ porque la ayuda a crecer y la guía por el camino recto. La hipocresía de los hombres y mujeres consagrados que profesan el voto de pobreza y, sin embargo, viven como ricos, daña el alma de los fieles y perjudica a la Iglesia. Piensen también en lo peligrosa que es la tentación de adoptar una mentalidad puramente funcional, mundana, que induce a poner nuestra esperanza únicamente en los medios humanos, destruye el testimonio de la pobreza, que Nuestro Señor Jesucristo vivió y nos enseñó. Y doy las gracias, a propósito de este punto, al Padre presidente y a la Hermana presidenta, porque han hablado justamente del peligro que la globalización y el consumismo suponen para la pobreza religiosa”²⁹.

PARTE SEGUNDA: CARTA APOSTÓLICA A TODOS LOS CONSAGRADOS – CON OCASIÓN DEL AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA

Tono de la carta y contenido programático

En la introducción, el papa Francisco asume, tanto los motivos centrales como la perspectiva y el tono con el que había hablado a diversos grupos de religiosas y religiosos en ocasiones especiales, sobre todo, con motivo de capítulos de congregaciones o de una visita a una nación o encuentros con las directivas de un país o un continente.

Ante todo, tenemos que decir que este escrito programático, como todos los reseñados anteriormente, es un discurso con sujeto y por eso responsable. Comienza así: “Os escribo como Sucesor de Pedro, a quien el Señor Jesús confió la tarea de confirmar a sus hermanos en la fe (cf. Lc 22,32)”. Tiene

²⁹ A las religiosas y religiosos de Corea; 16 ag 2014

conciencia de su misión apostólica; pero sabe que ésta no es ni dogmática ni disciplinar ni autoritativa, sino que es el encargo de confirmar en la fe, una tarea absolutamente personal y personalizadora, una relación trascendente, que se ejerce como ejercicio de la gracia recibida, pero no un ejercicio automático sino un ejercicio de fe.

Los destinatarios de este encargo del Señor Jesús no son sus súbditos, sus subordinados, sino sus hermanos en la fe, y por eso es un ejercicio de la fraternidad en Jesucristo.

Pero no sólo es un hermano que se dirige a otros hermanos, ejercitando un servicio sagrado encomendado por Jesucristo. Es también un religioso que se dirige a otros religiosos; y por tanto el papa no es sólo emisor del discurso sino receptor: “me dirijo a vosotros como hermano vuestro, consagrado a Dios como vosotros”. Es un religioso hablando a otros religiosos, que sabe de lo que habla y que, como los demás, tiene necesidad de escucharlo. Por eso, porque se incluye en el discurso, usa muchas veces la primera persona de plural: le damos gracias a Dios, él nos llama, la memoria del pasado nos impulsa, la pregunta que hemos de plantearnos, leemos el evangelio con alegría todos los días, Jesús nos pide ponerlo en práctica, sabremos amar porque tendremos su mismo corazón, nuestros fundadores y fundadoras han sentido, conocemos las dificultades que afronta la vida consagrada, reemprendamos siempre nuestro camino con confianza en el Señor, nuestra entrega nos realiza como personas, que entre nosotros no se vean caras tristes, la prioridad que ahora se nos pide es ser profetas, el camino de la caridad que se abre ante nosotros es casi infinito, agradecido con todos vosotros por los dones con los que el Señor nos quiera enriquecer...

Y ¿de qué habla? De la gracia recibida. El ejercicio de esa gracia será el contenido del discurso y del año de la vida consagrada, que no será otra cosa que la propuesta programática de entregarse a esa gracia, desde la situación en la que se encuentra la Vida Religiosa: “Demos gracias juntos al Padre, que nos ha llamado a seguir a Jesús en plena adhesión a su Evangelio y en el servicio de la Iglesia, y que ha derramado en nuestros corazones el Espíritu Santo que nos da alegría y nos hace testimoniar al mundo su amor y su misericordia”.

Quien llama es Jesús y, en el fondo, el Padre, que es Padre nuestro porque, al hacerse Jesús nuestro Hermano, nos ha hecho participar de su relación filial. Por eso, ante todo, se trata de agradecerle ese don. El don no es otro que el del seguimiento de Jesús, el Jesús del evangelio, leído y practicado en la Iglesia. La Vida Religiosa no es más que abandonarlo todo y a sí mismo para dedicarse con el corazón indiviso a la tarea a la que está llamado todo cristiano: el seguimiento de Jesús. Este seguimiento no puede ser más que la

participación de su misión: al vivir con sus mismos sentimientos, testimoniar al mundo su amor misericordioso. Pero esta misión nos excede absolutamente. Por eso, para capacitarnos, el Padre ha derramado sobre nosotros el mismo Espíritu de Jesús que nos da la alegría que es el signo de su amor en nosotros para la vida del mundo. Esto es lo que va a explicar en toda la carta.

Un mensaje tendido al futuro como respuesta a una situación sentida como sin salida

La carta tiene tres partes: objetivos, expectativas y horizontes. Como se ve, las tres palabras están tendidas al futuro. Naturalmente que al tratar de cada una de ellas se apoyará en el pasado y tendrá muy en cuenta el presente. Pero plantearse objetivos, tener expectativas y situarse ante un amplísimo horizonte es la respuesta del papa a una situación que muchas religiosas y religiosos ven como cerrada. Si no hay futuro, no tiene sentido hacerse expectativas ni plantearse objetivos. Basta con seguir en lo que se está, sin inscribirlo en ningún horizonte, hasta que el cuerpo aguante. Ésta es la situación de fondo que tiene en cuenta el papa y por eso plantea objetivos y expectativas y busca que las religiosas y religiosos nos situemos ante un horizonte verdaderamente católico y trascendente. Vamos a mostrarlo.

Redescubrir la chispa inspiradora: la llamada al seguimiento de Jesús desde el carisma fundacional

El primer objetivo es mirar al pasado con gratitud. El que ha asumido que no tiene futuro, se atiene a lo que vive y por eso no quiere mirar al pasado porque se aflige viendo el presente que vive como decadencia. Por eso el papa pide salir del abatimiento y poner la mirada en el inicio carismático “para redescubrir en él la chispa inspiradora, los ideales, los proyectos, los valores que las han impulsado”. El objetivo es, obviamente, dejarse vivificar por esa chispa.

¿Y cuál es esa chispa? El papa vuelve a lo esencial: “En sus orígenes se hace presente la acción de Dios que, en su Espíritu, llama a algunas personas a seguir de cerca a Cristo, para traducir el Evangelio en una particular forma de vida, a leer con los ojos de la fe los signos de los tiempos, a responder creativamente a las necesidades de la Iglesia”. Se trata, insistámoslo una vez más, de la acción de Dios, que es el que tiene siempre la iniciativa, que llama a seguir a Jesucristo, el del evangelio, para responder a los signos de los tiempos y a las necesidades de la Iglesia con una forma particular de vida, que es el carisma congregacional.

Al volver a insertarse en ese momento de gracia, se toma conciencia también “de cómo se ha vivido el carisma a través de los tiempos, la creatividad

que ha desplegado, las dificultades que ha debido afrontar y cómo fueron superadas”. Una historia que ha vivido momentos estelares y otros más oscuros, pero que han sido superados, como puede ser superado el actual. El papa pide que cada congregación se fije de un modo particular en el esfuerzo de renovación que puso en marcha el concilio. Lo hace, tanto porque la carta se escribe a los cincuenta años de los dos documentos conciliares que tratan de la Vida Religiosa, como porque el concilio fue un acontecimiento carismático que revitalizó a la Iglesia y a la Vida Religiosa que se dejó afectar por él y que todavía tiene muchísimo que dar ya que en buena medida está inédito aún.

Vivir con pasión el seguimiento de Jesús, a través de los evangelios para entregarse a la misión de modo creativo y fecundo

De este modo se abre la pregunta de cómo tiene que ser vivido el carisma hoy, en una situación distinta de los fundadores, con creatividad fiel. Es el tema del segundo punto: *vivir el presente con pasión*. No, sobrevivir sin preguntas ni propuestas y, por tanto, con infidelidad de fondo, sino dedicarse con alegría “a poner en práctica de manera cada vez más profunda los aspectos constitutivos de nuestra vida consagrada”.

¿Y qué es lo constitutivo? El papa vuelve a lo que siempre dice: “toda forma de vida consagrada ha nacido de la llamada del Espíritu a seguir a Cristo como se enseña en el Evangelio”. Creo que la razón de ser de esta insistencia es la percepción del papa de que cada congregación está aferrada a su idiosincrasia, en el sentido etimológico de su particularidad, en vez de remitirse a lo trascendente, que es el seguimiento de Jesús de Nazaret, contemplado diariamente en los evangelios, desde la insistencia del carisma.

Por eso, para reponer las cosas en orden, como Dios quiere, recuerda: “Para los fundadores y fundadoras, la regla en absoluto ha sido el Evangelio, cualquier otra norma quería ser únicamente una expresión del Evangelio y un instrumento para vivirlo en plenitud”. Creo que las congregaciones tendrían que reconocer que no es cierto que la mayor parte del tiempo, la atención y los esfuerzos se centran en el absoluto del evangelio y que todo lo demás son únicamente instrumentos para vivirlo en plenitud.

No sólo las reglas y normativas y proyectos quedan radicalmente relativizados, sino también los votos: “Su ideal era Cristo, unirse a él totalmente, hasta poder decir con Pablo: «Para mí la vida es Cristo» (*Flp* 1,21); los votos tenían sentido sólo para realizar este amor apasionado”.

Es totalmente distinto hacer todo en nombre de Jesucristo, a que él, su persona viva, sea no sólo la inspiración sino el tema y la persona fundamental

de la Vida Religiosa. Y Jesús de Nazaret es inseparable del evangelio. Por eso “la pregunta que hemos de plantearnos en este Año es si, y cómo, nos dejamos interpelar por el Evangelio; si este es realmente el *vademécum* para la vida cotidiana y para las opciones que estamos llamados a tomar”. El papa nos pide tres cosas bien específicas: la primera es su lectura y estudio que “siguen siendo de extrema importancia”; lo segundo meditarlo y nos pide que lo hagamos todos los días; y lo tercero “Jesús nos pide ponerlo en práctica, vivir sus palabras”. Creo sinceramente que la Vida Religiosa tiene que reconocer que no tiene este contacto con el evangelio y que se revitalizaría si hiciera caso a esta propuesta que el papa nos hace de parte de Jesús de Nazaret.

Sólo de esa entrega a Jesús puede brotar un apostolado vivo y fecundo, realmente personalizado y por eso salvador: “Jesús, hemos de preguntarnos aún, ¿es realmente el primero y único amor, como nos hemos propuesto cuando profesamos nuestros votos? Sólo si es así, podemos y debemos amar en la verdad y la misericordia a toda persona que encontramos en nuestro camino, porque habremos aprendido de él lo que es el amor y cómo amar: sabremos amar porque tendremos su mismo corazón”. Esto, tan sencilla y medularmente expresado, es, en verdad, lo esencial, y todo lo demás sólo son mediaciones que han de ser aceptadas únicamente en cuanto vehiculen este objetivo.

Así lo hicieron los fundadores: “Nuestros fundadores y fundadoras han sentido en sí la compasión que embargaba a Jesús al ver a la multitud como ovejas extraviadas (...) se han puesto al servicio de la humanidad allá donde el Espíritu les enviaba (...) La fantasía de la caridad no ha conocido límites y ha sido capaz de abrir innumerables sendas para llevar el aliento del Evangelio a las culturas y a los más diversos ámbitos de la sociedad”. Lo más carismático de la Vida Religiosa proviene de la participación de los sentimientos de Jesús, de su amor misericordioso hacia los seres humanos necesitados que ha estimulado una creatividad casi inagotable.

El Año de la Vida Consagrada nos interpela sobre la fidelidad a la misión: “¿Tenemos la misma pasión por nuestro pueblo, somos cercanos a él hasta compartir sus penas y alegrías, así como para comprender verdaderamente sus necesidades y poder ofrecer nuestra contribución para responder a ellas?”. Creo que no es una pregunta retórica porque vivir muy ocupado no equivale a ocuparse de lo que Dios quiere y hacerlo con los mismos sentimientos de Jesús.

Desde el compartir la pasión de Jesús de Nazaret y de nuestros fundadores por su pueblo se nos insta “a mantener vivos sus carismas que, con la misma fuerza del Espíritu que los ha suscitado, siguen enriqueciéndose y adaptándose, sin perder su carácter genuino”. Se nos insta a la creatividad fiel.

Vivir la mística del encuentro como expertos en comunión

Una expresión infaltable y especialmente significativa de vivir el presente con pasión, que nace del discernimiento de los signos de los tiempos, es hacerse “expertos en comunión”. En efecto “en una sociedad del enfrentamiento, de difícil convivencia entre las diferentes culturas, de la prepotencia con los más débiles, de las desigualdades, estamos llamados a ofrecer un modelo concreto de comunidad que, a través del reconocimiento de la dignidad de cada persona y del compartir el don que cada uno lleva consigo, permite vivir en relaciones fraternas”.

El papa insiste, como en las alocuciones a los diversos grupos de religiosos, en la revitalización de la comunidad como fraternidad evangélica directa y abierta, como referente concreto de la fraternidad de los hijos de Dios que es la meta de Dios para la humanidad, cuya matriz es Jesús, el Hijo único de Dios que, al hacerse nuestro Hermano, nos hace participar de su filiación. No sólo eso, también nos pide que nos dejemos “iluminar por la relación de amor que recorre las tres Personas Divinas (cf. *1 Jn* 4,8) como modelo de toda relación interpersonal”. De este modo viviremos “la mística del encuentro”. Dios no es el solitario monarca celestial, porque está más arriba de todos. Dios es comunidad, mejor aún, es relación y la relación es a la vez la que diferencia y une: la que pone a los sujetos como diferentes y los mantiene en la unidad. Ese modo de relación es el que estamos llamados a tener con todos y en primer lugar con los miembros de la comunidad. Esa relación es la que tiene que edificar constantemente a la comunidad, porque, a diferencia de Dios, el punto de partida es la individualidad de cada miembro, llamado por Dios a seguir a su Hijo y, por tanto, a vivir como condiscípulo de los otros llamados, porque la vocación es también infaltablemente, convocación.

Abrirse al futuro con esperanza nace de la fe en el Señor de la historia

Si vivimos el presente con la pasión de estar enraizados en Jesucristo y entregados a su proyecto, podremos afrontar sus dificultades y “*Abrazar el futuro con esperanza*”.

El papa comienza explicitando las dificultades que afronta la vida consagrada: “la disminución de vocaciones y el envejecimiento, sobre todo en el mundo occidental, los problemas económicos como consecuencia de la grave crisis financiera mundial, los retos de la internacionalidad y la globalización, las insidias del relativismo, la marginación y la irrelevancia social”.

Ante todo, nos pide que miremos más allá de nuestras instituciones para que reconozcamos que varias de estas incertidumbres las compartimos con

muchos de nuestros contemporáneos Pero, sobre todo, nos pide que las veamos desde el Señor de la historia, que es nuestro Señor. Entonces comprenderemos que precisamente en estas incertidumbres “se levanta nuestra esperanza, fruto de la fe en el Señor de la historia, que sigue repitiendo: «No tengas miedo, que yo estoy contigo» (*Jr* 1,8)”. “Con Benedicto XVI, repito: «No os unáis a los profetas de desventuras que proclaman el final o el sinsentido de la vida consagrada en la Iglesia de nuestros días”.

No es una palabra de ánimo hueca. Está basada en esta fe en Jesús, Señor de la historia, al que nos hemos consagrado y que nos pide que nos fiemos de él y que no nos quedemos pasmados viendo que cada día somos menos y más viejos. Nos pide, pues, ni más ni menos, que vivamos de fe.

Hoy los señores de la historia parecen ser los grandes financistas globalizados, que viven de sacrificar el salario, la estabilidad laboral y la seguridad social de los trabajadores. Son amos inexorables y sin rostro y se presentan como inalcanzables para el común de los mortales. En estas condiciones, no es fácil vivir de fe y así liberarse de ellos. Y sólo en cuanto la relación con Dios y con Jesús y con los hermanos que ellos nos dan tiene más densidad que las reglas de juego, podremos vivir libres de ellas. Eso sí, pagando el precio de inseguridad y estrechez, pero pagándolo con alegría porque se vive en esas relaciones.

Hablando del futuro, el papa se refiere expresamente a los jóvenes, que, aunque ya son presente porque participan activamente en sus congregaciones, son, sobre todo, futuro “porque pronto seréis llamados a tomar en vuestras manos la guía de la animación, la formación, el servicio y la misión”.

Les pide dos cosas: la primera, “protagonismo en el diálogo con la generación que les precede” de manera que recibiendo su sabiduría y aportando su novedad, puedan “desarrollar juntos nuevos modos de vivir el Evangelio y respuestas cada vez más adecuadas a las exigencias del testimonio y del anuncio”. Les pide, pues, que asuman su condición de hermanos de los mayores, corresponsables con ellos en esa marcha creativa, y no hijos suyos, meros seguidores sin verdadero protagonismo. No es tan claro que muchos adultos estén dispuestos a darles el papel que les asigna el Papa, ni que bastantes jóvenes quieran asumir esa responsabilidad y no prefieran vivir como hijos. Pero, como dice el papa, en estos jóvenes se juega el futuro.

. Y la segunda, les pide que se den la oportunidad de “reuniros entre vosotros, jóvenes de diferentes Institutos. Que el encuentro se haga el camino habitual de la comunión, del apoyo mutuo, de la unidad”. Es pedirles que salgan del corporativismo que los encierra en su propia congregación, manteniéndolos al margen de las demás, ajenos a la intercongregacionalidad y a la Iglesia local.

Llegar a ser testigos de la alegría del Señor

La primera expectativa del papa, que los religiosos sean testigos de la alegría que da el Señor, parte de la constatación de una crisis personal, que los religiosos comparten con muchos otros: “También nosotros, al igual que todos los otros hombres y mujeres, sentimos las dificultades, las noches del espíritu, la decepción, la enfermedad, la pérdida de fuerzas debido a la vejez”.

¿Por qué estas situaciones causan tanta tristeza y pesimismo? Porque vivimos “en una sociedad que ostenta el culto a la eficiencia, al estado pletórico de salud, al éxito, y que margina a los pobres y excluye a los ‘perdedores’”.

En esta situación ¿qué nos pide el papa? Nada de cursos de autoestima ni nada por el estilo. Nos pide “aprender a reconocer el rostro de Cristo, que se hizo en todo semejante a nosotros, y sentir por tanto la alegría de sabernos semejantes a él, que no ha rehusado someterse a la cruz por amor nuestro”. Nos pide, pues, participar de la cruz de Cristo. Experimentar lo que tanto le costó asumir a Pablo que “cuando soy débil, entonces soy fuerte”. Como viene insistiendo desde el comienzo, la alegría de vivir asociados a Jesús, que fue signo de contradicción y acabó en un aparente fracaso, aparente porque fue capaz de convertir la tortura en el acto mayor de entrega de sí, venciendo al mal a fuerza de bien.

Es cierto que la alegría, que es lo contrario de la satisfacción, es signo fehaciente de libertad y trascendencia. La alegría nace del descentramiento y la entrega de sí, gratuita y fraterna, al que necesita; mientras que la satisfacción es autocentrada y se basa en el cumplimiento de metas y aspiraciones, de tener lo apetecido y experimentar el poder. La satisfacción es signo de la instalación en lo dado. Por eso es decisiva la pregunta de si los religiosos están satisfechos con sus obras y la seguridad y prestigio que les reportan o sienten la alegría que acompaña a la negación de sí mismo sólo para seguir a Jesús hasta la cruz.

Despertad al mundo proponiendo utopías y creando lugares alternativos en los que reluzca el evangelio

La segunda expectativa del papa sólo tiene sentido si se acepta la primera: “espero que «despertéis al mundo (...) Esta es la prioridad que ahora se nos pide: ‘Ser profetas como Jesús ha vivido en esta tierra’”. Es cierto que un satisfecho no puede despertar a nadie, al contrario, diga lo que diga, con su vida pregona que su reino es el de este mundo y por eso recibe la estimación de los que están arriba o luchan por estarlo.

La descripción del profeta no puede ser más elocuente: “El profeta recibe de Dios la capacidad de observar la historia en la que vive y de interpretar los

acontecimientos: es como un centinela que vigila por la noche y sabe cuándo llega el alba (cf. *Is* 21,11-12). Conoce a Dios y conoce a los hombres y mujeres, sus hermanos y hermanas. Es capaz de discernir, y también de denunciar el mal del pecado y las injusticias, porque es libre, no debe rendir cuentas a más amos que a Dios, no tiene otros intereses sino los de Dios. El profeta está generalmente de parte de los pobres y los indefensos, porque sabe que Dios mismo está de su parte” Ante todo, conoce por dentro, por relación real, a Dios, y lo tiene como el norte de su vida, porque vive como su hijo, y a los seres humanos, que son para él, independientemente de su situación moral, sus hermanos. Porque vive desde Dios y para los seres humanos, es libre, no le ata ningún interés, no está establecido y no teme perder el confort y la seguridad; y por eso es capaz de discernir la historia, de denunciar el pecado y la injusticia, y lo hace desde el punto de vista de los pobres porque sabe que Dios toma partido por ellos.

Pero no basta con denunciar; lo fundamental es construir alternativas. Lo que los religiosos hagan y lleven no puede funcionar según la lógica establecida: tienen que ser verdaderas alternativas en las que reluzca el evangelio y que funcionen, así como la ciudad elevada sobre el monte y como levadura que fecunde a la masa de la humanidad. El papa espera de los religiosos dos cosas complementarias: que mantengan vivas las utopías y que creen otros lugares. Las utopías, sin topías, sin lugares alternativos, son meras ilusiones. Pero crear obras sin utopía no son otros lugares sino meras expresiones, que pueden ser excelentes, del establecimiento. Esa Vida Religiosa es sal que ha perdido el sabor: no puede transformar el mundo según el designio de Dios, sino que sólo sabe apoyar el establecimiento. En vez de eso, que es lo que no pocas veces practica la Vida Religiosa y se gloria de ello, el papa nos pide “que sepáis crear «otros lugares» donde se viva la lógica evangélica del don, de la fraternidad, de la acogida de la diversidad, del amor mutuo. Los monasterios, comunidades, centros de espiritualidad, «ciudades», escuelas, hospitales, casas de acogida y todos esos lugares que la caridad y la creatividad carismática han fundado, y que fundarán con mayor creatividad aún, deben ser cada vez más la levadura para una sociedad inspirada en el Evangelio”.

Según el texto, la excelencia a la que debemos aspirar no es la establecida sino la lógica evangélica, que en muchos aspectos es alternativa de la actual, que es individualista y competitiva, mientras que en lo que llevan los religiosos debe relucir la lógica del don, de la acogida de la diversidad, del amor fraterno.

El papa sabe que el tiempo no está para profecías, que como a Elías o a Jeremías, al religioso que vaya en esa dirección lo van a hostigar y silenciar, o, peor, se van a reír de él, van a mirar para otra parte y lo van a dejar solo, y por

eso “se puede tener la tentación de huir, de evitar el cometido del profeta, porque es demasiado exigente, porque se está cansado, decepcionado de los resultados.”. Pero, como a lo largo de toda la carta, el papa nos remite a la trascendencia en la que nos fundamos, al Dios en que nos apoyamos y al que servimos: “Pero el profeta sabe que nunca está solo. También a nosotros, como a Jeremías, Dios nos asegura: «No tengas miedo, que yo estoy contigo para librarte» (1,8)”. Es claro que no haremos nada alternativo, si no estamos realmente colgados de Dios y él no es para nosotros evangelio constante, aunque entrañe una gran exigencia.

La mística de la comunión que estimula las diferencias y las mantiene mutuamente referidas

Si el punto de partida, no sólo del mundo en el que vivimos sino de los propios religiosos que han nacido en él, es el individualismo insolidario, la lucha de todos contra todos para que prevalezcan los mejor situados y con menos escrúpulos, una parte sustancial de esa propuesta alternativa es la mística de la comunión. El papa espera que “trabajaréis con seriedad para que el ideal de fraternidad perseguido por los fundadores y fundadoras crezca en los más diversos niveles, como en círculos concéntricos”: la comunidad, la intercongregacionalidad, la comunión eclesial con presbíteros y laicos y la comunión más allá de las fronteras de la Iglesia.

Ante todo, la comunidad. El papa es realista y por eso en sus pláticas con diversos religiosos se ha referido frecuentemente a la necesidad que tenemos de sanear las comunidades de la maledicencia, los bandos y el individualismo que las degradan. Hay que desechar todo esto; pero, sobre todo, hay que abocarse a la construcción de la comunidad, que es parte insustituible del testimonio de la vida consagrada: “buscar la acogida y la atención recíproca, de practicar la comunión de bienes materiales y espirituales, la corrección fraterna, el respeto para con los más débiles”, “la relación entre personas de diferentes culturas”, “la corresponsabilidad”. Es cierto que comunidades así son “otros lugares”, lugares alternativos, embrión y testimonio del mundo que queremos construir: la familia fraterna de las hijas e hijos de Dios que a la vez que estimula la diversidad, la mantiene mutuamente referida.

El papa insiste además en la práctica de la intercongregacionalidad, que entre nosotros ha sufrido un gran retroceso por la asimilación inconsciente del modelo de la corporación transnacional: “espero que crezca la comunión entre los miembros de los distintos Institutos” y en concreto “desarrollar juntos, en el ámbito local y global, proyectos comunes de formación, evangelización, intervenciones sociales”. Creo que este camino, por la corporativización

ambiental, es muy a contracorriente, pero es un camino muy promisorio y, si somos fieles, va a ser el camino normal y no las excepciones.

En este mundo corporativizado en el que los demás del mismo gremio son competidores, la intercongregacionalidad es un camino profético, por trascendente y además un motivo de esperanza: “Así se podrá ofrecer más eficazmente un auténtico testimonio profético. La comunión y el encuentro entre diferentes carismas y vocaciones es un camino de esperanza”.

Ir a las periferias, a los desechados

El papa vuelve a repetir un punto que nunca falta en ninguna alocución: “ir a las periferias existenciales” cumpliendo el mandato del Resucitado: vayan al mundo entero. Se refiere en concreto a “personas que han perdido toda esperanza, familias en dificultad, niños abandonados, jóvenes sin futuro alguno, enfermos y ancianos abandonados, ricos hartos de bienes y con el corazón vacío, hombres y mujeres en busca del sentido de la vida, sedientos de lo divino”. Pide “gestos concretos de acogida a los refugiados, de cercanía a los pobres, de creatividad en la catequesis, en el anuncio del Evangelio, en la iniciación a la vida de oración”.

Lo más llamativo de este mundo, en lo que más reluce que es una situación de pecado, es la acentuación galopante de las diferencias por el número creciente de desechados del sistema. Por eso, ir a las periferias, tal como las describe el papa es signo inequívoco de trascendencia, que no podrá llevarse a cabo sin ese anclaje en Jesucristo que es el motivo de fondo de toda la carta.

Él sabe que eso no será posible si lo que hay es intocable, por eso pide y espera “que se aligeren las estructuras, se reutilicen las grandes casas en favor de obras más acordes a las necesidades actuales de evangelización y de caridad, se adapten las obras a las nuevas necesidades”. Un verdadero cambio estructural en una dirección trascendente.

Verificación sobre nuestra presencia en la Iglesia y nuestra respuesta al grito de los pobres

Finalmente le papa espera que las religiosas y religiosos se pregunten que les pide hoy Dios y qué les demanda la situación. Más en concreto, “nadie debería eludir este Año una verificación seria sobre su presencia en la vida de la Iglesia y su manera de responder a los continuos y nuevos interrogantes que se suscitan en nuestro alrededor, al grito de los pobres”.

El papa pide que no se dé por supuesto nada, que no sobreentendamos que, por ser religiosos, hacemos lo que Dios quiere de nosotros. Nos pide una verificación seria, que tiene dos vertientes: la primera, sobre nuestra presencia en la vida de la Iglesia, es el esfuerzo por superar el corporativismo, lo que llama frecuentemente, la autorreferencialidad. Que no vivamos ensimismados en nuestras obras y en nuestras directrices y proyectos; que las redes en la que participemos no sean sólo ni principalmente las de nuestro instituto, que nos enredemos con otras congregaciones y con las Iglesias locales y nacionales.

La segunda, que escuchemos y respondamos al grito de los pobres. En esta situación de pecado, no es una de tantas cosas, es en la que se juega nuestra fidelidad fundamental al Señor Jesús que nos ha llamado a su seguimiento. Por eso concluye el punto diciendo: “Sólo con esta atención a las necesidades del mundo y con la docilidad al Espíritu, este Año de la Vida Consagrada se transformará en un auténtico *kairòs*, un tiempo de Dios lleno de gracia y de transformación”. Dios quiere salvar a la Vida Religiosa y le quiere dar un tiempo de gracia, pero eso sólo acontecerá cuando la Vida Religiosa se ponga en camino de ayudar con todas sus fuerzas a la salvación de los desechados por el orden establecido.

Naturalmente que para que se dé esta salvación de los de abajo, es imprescindible también la solidaridad de muchos profesionales y la conversión de muchos endiosados que provocan el empobrecimiento y la exclusión. Por eso el papa se refiere también a la necesidad de reunirse, tanto los institutos de vida contemplativa como los destinados a ejercer la caridad para encontrar juntos “la forma de acoger y acompañar a los que están en busca de una vida espiritual más intensa o tienen necesidad de apoyo moral o material”. Pero entendiendo que no son dos direcciones desligadas, ya que, como bien diciendo a través de toda la carta, sólo si nos afincamos en Cristo, iremos a las periferias y el ir a ellas es el mayor signo de conversión.

Horizonte en círculos concéntricos en el que Dios pide que camine la Vida Religiosa

La carta a las religiosas y religiosos amplía el horizonte y se refiere también a los laicos que viven la misma espiritualidad, a la “familia carismática”. Les pide que celebren este año “con toda la «familia» para crecer y responder a las llamadas del Espíritu en la sociedad actual”. Y también les anima a que cuando los consagrados de diversos Institutos se reúnan entre ellos este Año, “procurad estar presentes también vosotros, como expresión del único don de Dios, con el fin de conocer las experiencias de otras familias

carismáticas, de los otros grupos laicos y enriqueceros y ayudarnos recíprocamente”.

Esta realidad de la familia carismática tiene el peligro de reducir el carisma a señas de identidad que se cultivan como señal de pertenencia en este mundo sino hogar, pero cuando superan esta propensión corporativa, sin duda que es un don del Espíritu, que causa un enriquecimiento mutuo entre religiosos y laicos. Por eso tiene mucho sentido pedir que también ellos lo celebren porque lo trascendente de la Vida Religiosa, como ha insistido el papa a lo largo de la carta, no son las reglas y ni siquiera los votos sino el seguimiento indiviso al Señor desde su carisma. Pues bien, los laicos pueden participar de él plenamente y ayudar a recarismatizar a los religiosos, a la vez que son ayudados por ellos a vivir en el mundo con radicalidad cristiana.

A superar el peligro corporativo ayudan los encuentros, a los que el papa anima, con religiosos y laicos de otros carismas. Les pide que también ellos estén presentes “como expresión del único don de Dios, con el fin de conocer las experiencias de otras familias carismáticas, de los otros grupos laicos y enriqueceros y ayudarnos recíprocamente”. Dios quiera que estos encuentros se den, no como una feria de marcas, como propaganda institucional, sino con el espíritu que señala el papa.

El papa amplía más el horizonte y se dirige a todo el pueblo cristiano: “Invito por tanto a todas las comunidades cristianas a vivir este Año, ante todo dando gracias al Señor y haciendo memoria reconocida de los dones recibidos, y que todavía recibimos, a través de la santidad de los fundadores y fundadoras, y de la fidelidad de tantos consagrados al propio carisma. Invito a todos a unirse en torno a las personas consagradas, a alegrarse con ellas, a compartir sus dificultades, a colaborar con ellas en la medida de lo posible, para la realización de su ministerio y sus obras, que son también las de toda la Iglesia. Hacedles sentir el afecto y el calor de todo el pueblo cristiano”.

Como se ve, el papa propone un verdadero acontecimiento de comunión eclesial haciendo memoria y dando gracias por tanto bien recibido a través de los fundadores y sus carismas, acercándose a los religiosos actuales, compartiendo sus dificultades y colaborando con sus obras, que son de toda la Iglesia. Una propuesta, sin duda, que nos haría bien a todos, que nos hará si la realizamos.

Se felicita porque coincida el año de la Vida Religiosa y el sínodo de la familia, ambos “ámbitos de humanización en la construcción de relaciones vitales, lugares de evangelización. Se pueden ayudar unos a otros”. Creo que es una gran verdad, cuando ambos están conscientes de su específica vocación y centrados en ella. No, cuando los religiosos van a las familias buscando lo que

les falta en sus comunidades o cuando los laicos se refugian en las comunidades y obras de religiosos. Dios quiera que, como el papa desea, se extienda y profundice esta sinergia.

El papa amplía más el horizonte y se dirige a “*las personas consagradas y a los miembros de las fraternidades y comunidades pertenecientes a Iglesias de tradición diferente a la católica*”. Se refiere explícitamente al monacato de las Iglesias orientales y a comunidades surgidas en la reforma. El papa desea vivamente “propiciar encuentros entre miembros pertenecientes a experiencias de la vida consagrada y fraterna de las diversas Iglesias. Aliento vivamente estas reuniones, para que crezca el conocimiento recíproco, la estima, la mutua colaboración, de manera que el ecumenismo de la vida consagrada sea una ayuda en el proyecto más amplio hacia la unidad entre todas las Iglesias”. Creo que Dios sí quiere que el ecumenismo de la vida consagrada sea caldo de cultivo de la unidad de las Iglesias. Dios quiera que también nosotros, los consagrados, acentuando la trascendencia cristiana en que convergemos y relativizando las peculiaridades, nos pongamos en la onda de Dios.

El papa amplía más todavía el horizonte y recuerda que “el fenómeno de la vida monástica y de otras expresiones de fraternidad religiosa existe también en todas las grandes religiones”. Pide que este año de la vida consagrada sea ocasión “para sensibilizar a las personas consagradas en este campo, para preguntarnos sobre nuevos pasos a dar hacia una recíproca comprensión cada vez más profunda y para una colaboración en muchos ámbitos comunes de servicio a la vida humana”. Se refiere a dos aspectos complementarios: la comprensión recíproca cada vez más profunda del sentido que damos unos y otros a nuestra consagración y la colaboración al servicio de la vida humana. A veces se podrá avanzar más en un campo que en otro; pero es claro que avanzando en uno realmente, también el otro queda concernido. Es, sin duda, un camino de mundialización alternativa, que puede ser muy fecundo y que pide, más aún que en el paso anterior, un afinamiento en lo esencial, ya que sólo ahí nos encontraremos.

Se dirige, por último, a los obispos recordándoles que la Vida Religiosa es un componente esencial de la Iglesia en cuanto que expresa “la tensión de toda la Iglesia Esposa hacia la unión con el único Esposo”. Por eso les plantea este año como “una oportunidad para acoger cordialmente y con alegría la vida consagrada como un capital espiritual para el bien de todo el Cuerpo de Cristo”. Es pedirles que recuerden que la Iglesia no es sólo la organización diocesana y que acoger a la Vida Religiosa supone ampliar su concepción práctica de Iglesia y por ende su práctica episcopal. También implica en las congregaciones dejar su corporativismo e insertarse realmente en la Iglesia, que no es lo mismo que

las estructuras diocesanas, pero que tiene que insertarse y no vivir en circuitos autosustentados.

Al encomendar finalmente a María el año de la vida consagrada, la propone como “modelo incomparable de seguimiento en el amor a Dios y en el servicio al prójimo”. Con lo que resume de paso los dos motivos de fondo del documento: la entrega a Dios en Jesús y la salida de sí y de su mundo para el servicio a los demás.

INSISTENCIAS

El punto de partida es la crisis, sentida por no pocos como crisis terminal. El papa Francisco, coincidiendo con Benedicto XVI, pide las religiosas y religiosos que no presten oído a esos pronósticos, que no se dejen llevar por ese estado de ánimo. Les pide, por el contrario, que se afinquen en sus raíces: en el Jesús del evangelio, seguido desde el carisma fundacional para la vida del mundo. Pide que se vaya de la inmersión en los trabajos y en los documentos congregacionales a la persona de Jesús, a la relación personalizada con él, una relación que reestructure toda la vida y la vuelva a las periferias existenciales.

Esta relación con Jesús tiene que concretarse en el conocimiento asiduo del evangelio, en su contemplación diaria y en la entrega a vivir de sus palabras y ponerlas por obra, prosiguiendo su misión.

Así, afincados en Jesús, libres por esa pertenencia exclusiva, podrán dedicarse a la tarea de despertar al mundo, aletargado por el consumismo o frustrado por la exclusión. Así podrán cumplir su misión profética: atisbar los signos de los tiempos, desentrañar el momento presente, lo más medular que se agita en él y lo que se decide en el fondo, y decir a los contemporáneos, asumidos como hermanos, por dónde pasa Dios, qué está obrando, para que nos acompañemos a él y secundemos su impulso. Esta profecía incluye la denuncia concreta, que no se hace por resentimiento ni por afán de desquite sino buscando la salvación de los denunciados, buscando su conversión. Pero incluye también la propuesta de que otro mundo es posible, un mundo de reconocimiento de los diferentes y de sinergia, que supere a este mundo de solitarios individualistas que sólo saben competir. Pero esa denuncia y anuncio se tiene que concretar en acciones capilares y organizadas que expresen esa alternativa superadora. Por ejemplo, la educación no puede consistir en preparar a los jóvenes para triunfar en este mundo injusto colocándose en los primeros puestos sino en prepararse para ejercer fecundamente la fraternidad en todos los ámbitos de la vida, aprendiendo a colaborar y compartir y a dar lo mejor de sí para el bien común, desde el privilegio de los marginados.

La expresión más tangible de este mundo alternativo tiene que ser la comunidad, vivida como fraternidad evangélica directa y abierta, contrapuesta, tanto a la vida regular, como al corporativismo o al contrato de ayuda mutua y buenos modales. Esta comunidad sólo se puede edificar y mantener desde la contemplación conjunta de Jesús de Nazaret y la entrega conjunta a la misión recibida de él. Más aún que la igualdad y la libertad, la fraternidad es rigurosamente trascendente, cuando se la entiende, no como una convivencia basada en la homogeneidad, en un contrato de beneficios mutuos frente a un mundo sentido como hostil. La fraternidad de la comunidad religiosa está basada de seguir el santo evangelio, es la fraternidad de los condiscípulos de Jesucristo. Y por eso es directa, no fundada en reglas y prescripciones que regulen disciplinariamente la vida, y es esencialmente abierta, ya que se concibe como embrión del mundo fraterno de las hijas e hijos de Dios, que es la meta y el contenido de la misión.